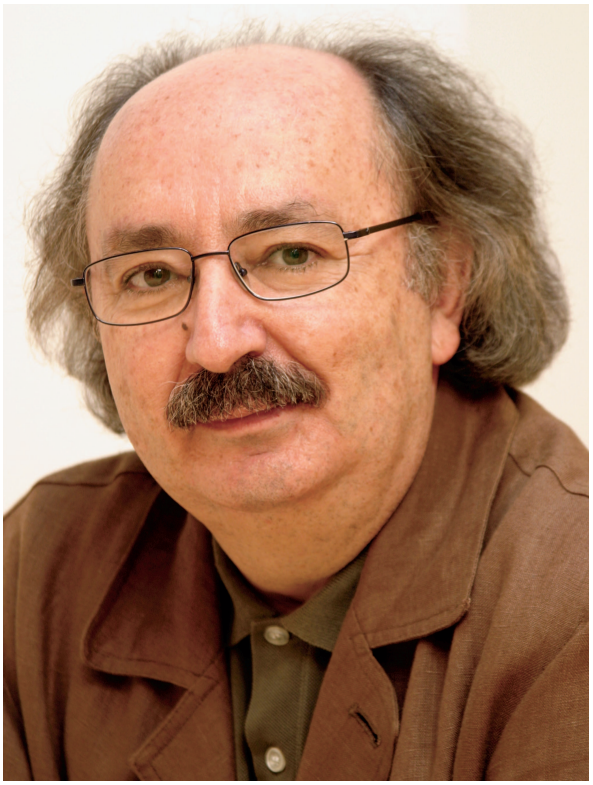
SEMBRAR LA PALABRA, RECOGER SUS FRUTOS

Antonio Colinas

Vive el escritor de sembrar y propagar su palabra, y una de las sensaciones más gratificantes y hermosas que puede tener un escritor español en estos momentos es ver cómo la lengua en la que escribe se expande y fructifica. Confundimos, a veces, la proyección que debe tener esa palabra nuestra; sobre todo por el ritmo trepidante que tiene la literatura en nuestros días, tantas veces sometida al dominio de las influencias y de las apariencias. Por el contrario, nos olvidamos de lo que, en su raíz, es la creación: algo que está hecho, a la vez, de intimidad y de siembra, como he comenzado diciendo. Estas son las coordenadas bajo las que, sobre todo, la palabra tiene un sentido, y puede madurar, y *nos hace* a quienes la utilizamos. Porque, sí, hemos olvidado también que escribir es, en el fondo, un modo de ser y de estar en el mundo.



Antonio Colinas. © Círculo de Lectores.

Pero volvamos a las coordenadas esenciales del escribir: al sembrar en lo secreto y al difundir exteriormente esa palabra que ha nacido sin condiciones previas, sin el sometimiento a las modas o a los gustos imperantes. Hoy tendemos a olvidar esa actitud primera del crear: la de la persona con la mente y el corazón sin imposiciones frente a la vacía página en blanco, en la soledad de su cuarto. De ahí surge el fruto mejor y primero, el menos condicionado por las circunstancias, el más nuestro.

He estado, a veces, durante años, en una isla y sin teléfono, volcado en dar con esa palabra que nace en lo íntimo secreto, pero también últimamente he podido apreciar el don de difundir esa palabra que es algo más que palabra escrita: la palabra comunicada. Esa sensación de que estamos sembrando se enriquece al saber que lo que se siembra escribiendo también lleva consigo frutos que se recogen. Recuerdo, en este sentido, una ocasión muy especial: mi visita a varias universidades de China hace tres años, el ver cómo personas de una cultura tan diferente a la nuestra, de una lengua tan alejada de la nuestra, se mostraban permeables a las palabras en español.

Aquí es donde debo recordar algo que ya todos sabemos y que es una constante en esos viajes que hacemos al extranjero: nuestra lengua está en expansión en todo el mundo y el

interés por nuestra cultura se acrecienta de una manera sorprendente. En Shanghai o Palermo, en Tel Aviv o Amberes, en São Paulo o Moscú el español vuelve a ser esa lengua que, al sembrarla, da frutos innumerables. En este sentido, los centros del Instituto Cervantes juegan un papel primordial y, en estos momentos en particular, por su propagación y dinamismo, lo hacen de una manera extremadamente fecunda.

Sí, todo comenzó para el escritor en la soledad de su cuarto, en esa aventura plenamente vocacional que supone afrontar la página en blanco para acabar fertilizándola con la palabra. Luego, viene ese momento no menos importante de proyectar nuestra verdad: lo que somos y escribimos. Es así como la palabra nos va haciendo a nosotros como seres humanos y, a la vez, va haciendo a los que nos leen y nos escuchan. De esta manera, la palabra no brilla y desaparece, no fulge y hace ruido, no engaña y pasa, sino que simplemente revela su verdad, que es acogida. Así es como llegamos a dar con la palabra no sólo de hoy, sino también de ayer y de siempre: con lo que Antonio Machado reconocía como *palabra en el tiempo*. ■

Antonio Colinas es poeta, narrador y traductor. Es autor de títulos como *Sepulcro en Tarquinia* y *La simiente enterrada (Un viaje a China)*.